

11/11/04  
~~610 370~~

~~88~~ 83564

## GAMBETTA

os mov.

una

Vamos a tratar de bosquejar la brillante y rápida existencia del tribuno que la Francia acaba de perder, y que, como una tragedia antigua, se desarrolla en medio de catástrofes, de tremendas agitaciones y violentas luchas, para terminar con uno de esos golpes inesperados de la fatalidad.

El destino lo arroja sobre el escenario político en los momentos en que el segundo imperio atravesaba sus horas mas risueñas, y se entregaba alegremente a la embriaguez del éxito. Su origen espúreo parecía haberse

21947

borrado de todas las memorias, y la Francia principiaba a aplaudir como un beneficio la confiscacion audaz de sus derechos. Una prosperidad no interrumpida derramaba en el seno de las masas cierto tranquilo bienestar. Una fortuna loca habia hecho surjir las mas temerarias especulaciones económicas y por todas partes el buen éxito parecia empañado en coronar las aventuras napoleónicas. Hasta el manto deslumbrador de la victoria, cubria las llanuras de Marengo y brillaba en las fortalezas de Cr<sup>ea</sup>.

El prestigio del segundo Imperio atravesaba las horas de su espléndido apogeo y parecia haber definitivamente conquistado la indeleble consagracion de la fortuna.

En medio de esa situacion lisonjera un pequeño accidente se produce, que viene a poner de relieve la fragilidad de esa laboriosa i sangrienta construccion política. Un panfeto de Eujenio Tenot, irónico, mordaz y provocador, aparece una mañana en las vidrieras de una librería. Era una revelacion de las peripecias dramáticas del 2 de diciembre, que desgarraba las discretas sombras en que el Imperio habia sabido envolver su sangrienta aparicion. Tenot habia

consagrado sus mejores páginas al recuerdo de Baudin, diputado de Ain, que cayó despedazado por las balas de los conspiradores imperiales en la barricada de Santa Margarita.

El recuerdo de la jornada de diciembre, el sacrificio de ese heroico defensor del derecho, aquella juventud que preferia la muerte oscura de una barricada, a las alhagadoras promesas con que el César trataba de ganarla, despertaron en el corazon de las masas uno de esos movimientos poderosos que sacuden como una corriente eléctrica. El pueblo tenia que pagarle una deuda de agradecimiento a esa víctima olvidada. Fué a buscar al cementerio de Mont-Martre la tumba de Baudin y al rededor de esa lápida, cubierta con el melancólico abandono de veinte años, se agrupaba en silencio un concurso numeroso, que se iba incesantemente renovando. Se llegaba al borde de la tumba, se leia con los ojos humedecidos por las lágrimas esta sencilla inscripcion: *Baudin, representante del pueblo, muerto el 5 de diciembre*, y se alejaba de allí con esa impresion de las emociones profundas, con el sentimiento de los reproches íntimos i amargos.

En medio de su omnipotencia el segundo imperio divisó un peligro en aquella piadosa ceremonia y resolvió aplastarla con la fuerza. La policía intervino, poniendo su mano sobre todos los que creyó oportuno encarcelar. La prensa que había dejado pasar en silencio tantos arrestos, levantó la voz. La censura cayó sobre la prensa. Pero ya el impulso estaba dado y a ese nuevo golpe de la autoridad contestó el *Reveil* abriendo una suscripción para levantar a Baudin un monumento de expiación. Se procesó al *Reveil*, y el 17 de noviembre de 1868 se presentaba Gambetta ante el tribunal a defender al acusado.

El público se agrupaba en las tribunas y estrechaba en los pasillos del palacio, aguardando con un recojimiento silencioso el momento en que el defensor tomara la palabra. Presentia que iba a ser vengado. En efecto, cuando los jueces esperaban escuchar una de esas insípidas arengas, en que se envuelve el acusado en los elásticos pliegues de las causas atenuantes, y se implora el perdón con las promesas de la enmienda, oyeron en medio de la conternacion y del asombro, una voz ardiente y poderosa que desde los bancos de la defensa les gritaba:

«Esenchad, hacen diecisiete años que sois los señores absolutos, discretionales de la Francia—es vuestra palabra—no averiguaremos que empleo habeis dado a sus tesoros, a su sangre, a su honor, a su gloria. Nadie ignora las catástrofes financieras, que en este mismo momento, revientan, como minas, bajo nuestros piés; pero lo que os juzga mejor, es que nunca os habeis atrevido a decir: Celebraremos, pondremos en las celebridades de la Francia el 2 de diciembre como un aniversario nacional! I sin embargo, todos los rejímenes que se han sucedido en el país, se han honrado con el día que los ha visto nacer. No hai mas que dos aniversarios, el 18 de brumario i el 2 de diciembre, que no han ocupado jamás un lugar entre las fiestas patrias, porque vosotros sabeis que si los pusiéseis, los rechazaria la conciencia universal. Pues bien! nosotros reclamamos este aniversario que vosotros no habeis querido: lo festejarémos siempre, incesantemente, todos los años, será el aniversario de nuestros muertos, hasta el día en que el país, habiendo recobrado sus derechos, os imponga la gran espacion nacional».

Ese arranque de audacia inesperada consternó al Imperio y sorprendió a la Francia. Un rayo habia cruzado por el plácido cielo del poder; un vago sacudimiento se sentia en el corazon inquieto de las masas. Los sufri-

mientos, los dolores, las esperanzas, los recuerdos, todo lo que había hervido en el corazón de la Francia durante diecisiete años de angustiosa opresión, se encarnó en ese momento en aquel joven y enérgico abogado. La idea perseguida y proscrita reaparecía en medio de la Francia, en medio de París, en medio de los instrumentos más inexorables del poder, con una audacia y una energía que no había tenido nunca hasta ese instante. Napoleón lo declaró un loco; los políticos que hacían la tímida oposición de los hábiles lo recibieron como a un auxiliar comprometente y peligroso; el pueblo, con esa admirable intuición del sentimiento, vio en él al hombre que buscaba.

Al salir de la audiencia, Gambetta, que había entrado allí como un desconocido, era una celebridad popular, y desde ese momento se extiende delante de sus pasos el tempestuoso camino de sus luchas y sus triunfos.

En la escena de los tribunales, Gambetta entero se había revelado, mostrando en todo su vigor precisamente aquellas cualidades que la Francia en vano había buscado en los hombres públicos que combatían el Imperio. Para esa lucha entre el derecho

oprimido i la fuerza victoriosa no bastaban las admirables cualidades oratorias que Thiers i Julio Favre desplegaban en el seno de la Cámara; era completamente ineficaz todo el talento que gastaban en sus páginas los brillantes proscritos del Imperio; eran inútiles las causticidades trágicas de Víctor Hugo y la mordacidad envenenada de *La Linterna*; se necesitaba un carácter, un luchador irreconciliable, una palabra sin vacilaciones, un hombre que principiara por arrojarse entero en una lucha sin esperanzas

I cuando la nacion buscaba a ese hombre, Gambetta se presenta y la electriza y la fascina: se arroja en la jaula que encierra las bestias feroces, lucha con ellas cuerpo a cuerpo, y poniéndoles la mano en la garganta le dice sonriendo a la Francia consternada: «Ya veis, la cosa no era imposible!»

---

---

---

# I

Leon Gambetta acababa de cumplir en esos días los treinta años. Había nacido en Cahors el 30 de octubre de 1838 en el seno de una familia de origen italiano. Cursó en París los estudios de derecho, que terminó el año 59. Desde esa fecha hasta los días de noviembre, en que lo hemos visto aparecer, había llevado una vida de trabajo solitario, de áspera y ruda consagración al cultivo de sus poderosas facultades, dejando su gabinete de estudio solamente cuando iba durante el día a defender al tribunal causas políticas, o a ensayar sus primeras arengas en las salas del café Procopio, a que dieron Voltaire y Diderot una picante popularidad en el siglo pasado y al rededor de cuyas viejas me-

sas, en los últimos días del segundo imperio, se agrupaban los elementos mas juveniles y ardientes del partido democrático a escuchar los primeros arrebatos de Gambetta.

El jóven orador, como casi todos los que mas enerjicamente han combatido las doctrinas de la escuela ultra-montana, habia principiado sus estudios en el instituto clerical de Montauban, en donde la leyenda, que se complace siempre en envolver los primeros años de todos los que llegan a ser célebres, ha imaginado que Gambetta voluntariamente se hizo saltar su ojo derecho. Uno de sus biógrafos nos cuenta lo que hai de cierto en esa historia que ha corrido el mundo. Cuando Gambetta tenia solamente ocho años, apoyado sobre el banco de un armero, lo veia perforar el mango de un cuchillo. Un florete viejo servia de resorte al aparato de barrenado. El florete se rompió i uno de sus fragmentos cayó sobre el ojo del curioso espectador, desarrollando una afeccion que exijió despues la enucleacion del ojo lastimado. Del seminario de Montauban pasó Gambetta al liceo de Cahors, cuyos cursos siguió hasta la edad de dieziocho años, en que se hacia inscribir en la escuela de dere-

cho de Paris. Allí vivió en el viejo barrio latino, llevando una existencia estudiosa y solitaria hasta el día en que, terminados sus cursos, entró como auxiliar en el estudio de Cremieux.

En 1861 su tía Jenny Massabie vino a instalarse en el pequeño departamento del joven abogado, principiando desde ese día a desarrollar sobre él una influencia que debía prolongarse sobre el curso entero de su vida.

Aparte de esas ardientes arengas del café Procopio, solo algunos artículos de la *Revue Politique* hasta ese momento constituían la única manifestación de su inteligencia y sus estudios, estendiendo solamente su prestigio en un círculo necesariamente reducido. El proceso del *Reveil* lo hizo abrazar la Francia entera, dándolo a conocer precisamente en los momentos en que más interés tenía en romper la oscuridad que lo rodeaba.

Pocos días después debían tener lugar las elecciones que le abrieron las puertas de la Cámara.

Aunque las elecciones de Marsella fueron retardadas precisamente para impedir la entrada de Gambetta, a quien los electores ha-

bian ofrecido la sucesion prestigiosa de Berryer, bajo pretesto de que la Cámara entera se iba luego a renovar, ese aplazamiento produjo el efecto contraproducente que era natural, avivando el prestigio del joven tribuno con los odiosos reflejos de la persecucion oficial.

En mayo de 1869 la popularidad de Gambetta lo hacia salir triunfante en Paris y en Marsella, aún teniendo en esas diputaciones por rivales a Thiers y Carnot. Su ruidoso triunfo fué recibido por los que combatian la politica imperial como un boletin de victoria, en medio de las mas provocadoras manifestaciones de entusiasmo.

Fatigado con el esfuerzo abrumador que le habia impuesto esa campaña politica, enfermo y amenazado en esos momentos de perder la voz, que era el instrumento de su naciente fortuna, se vió Gambetta en la cruel necesidad de abandonar a Paris y retirarse a Niza donde entónces residia su familia.

Esa separacion forzada vino oportunamente a separarlo de luchas en que talvez habria lastimado un poco su prestigio, reservándolo para hacer su aparicion en medio de uno de los debates mejor calculados

para hacer brillar sus cualidades de orador.

El imperio liberal,—esa desesperada invención de Ollivier,—se vió obligado a renovar su popularidad perdida en las fuentes lustrales de un nuevo plebiscito. Gambetta atacó enérgicamente en el Congreso esa evolución política, en que la opinion del pais aparecería otra vez falsificada por el fraude, y con el aire de una réplica triunfal sería lanzada sobre los que negaran la popularidad del gobierno napoleónico. El plebiscito no era mas que una careta destinada a cubrir nuevos transfugios y ocultar transacciones aun mas vergonzosas que las que el pais habia presenciado veinte años atrás.

Aprovechando Gambetta con singular habilidad ese debate, se empeñó en hacer palpar la fragilidad de la base en que se apoyaba el trono imperial. «¡Cómo! exclamaba, habeis aceptado el réjimen de la monarquía parlamentaria y vais a ponerlo en votacion, a someterlo a la ratificacion popular? Pero ¿a qué queda entonces reducido el principio hereditario? ¿Se pondrá en votacion la monarquía siempre que se quiera reformar el pacto fundamental? Permitidme deciros que no habrá nada mas peligroso, mas funesto

para el principio dinástico y hereditario: es el acta de defunción de la monarquía!»

I desarrollando lógicamente el sistema de gobierno que iba envuelto en esa apelacion al sufragio universal, concluia el orador preconizando las instituciones democráticas, que exhibia en un lenguaje lleno de mesura.

La Cámara se sintió dominada por un doble asombro: veia que en su tribuna, palabras desde hacia veinte años olvidadas, tenían la audacia de volver a aparecer desafiando las cóleras implacables del poder, y veia al mismo tiempo que los republicanos hablaban un lenguaje y abrigaban propósitos diversos de los que la prensa oficial ponía en sus lábios. El espectro rojo perdía sus amenazadoras proporciones al presentarse en la tribuna y aún en la boca de su orador mas fogoso, del violento *diputado de la canalla*, no tenía nada que pudiera alarmar las timideces de la clase media.

La habilidad suprema de la política desarrollada por Gambetta, consistió entónces en poner de relieve la moderacion de los principios que servia, en despojarlos por completo de las esterioridades coléricas y odiosas en que los republicanos parecían

complacerse en envolverlos, lo que necesariamente alejaba de sus filas a todos los que, por interés o por carácter, cifran en el orden la base capital de un buen gobierno.

El resultado de ese plebiscito, que arrojó 1.500,000 votos en contra del gobierno imperial, a pesar de la presion y de los fraudes, fué una inesperada revelacion para la Francia y un triunfo equívoco para los hombres de gobierno.

«Quién es el verdadero vencido? preguntaba Gambetta, en Belleville. Es el principio monárquico! Es inútil que se diga que siete millones y medio de votos favorables han resuelto la cuestion. El imperio se habia declarado hace diez y ocho años eterno, hereditario, y hé aquí que despues de diez y ocho años, siente la necesidad de buscar una consagracion nueva, de ponerse otra vez en votacion. I lo que ha hecho el 8 de mayo declara que lo podrá volver a hacer todos los dias. Pues bien! yo os pregunto ¿qué es un poder que despues de haber proclamado la eternidad de su existencia viene a preguntaros por intérvalos si le reconocéis el derecho de existir?... El que se pone y se vuelve a poner en votacion reconoce de he-

cho que no tiene ningun título personal, ni legitimidad personal»...

¶ I luego dando una prueba de coraje mas difícil todavía que la de ir a atacar el imperio en la sala de un juzgado o en la tribuna de la Cámara, Gambetta se lanza sobre las quimeras socialistas y las extravagancias económicas que debian mas tarde dar vida a la Comuna, en presencia de esos grupos de desesperados proletarios que cifraban en ellas el término de su angustiosa miseria.

Esas palabras calculadas para tranquilizar los recelos de la inquieta burguesía, despertaron una violenta tempestad en el auditorio de Belleville, que llegó a lanzar la palabra traidor sobre su favorito de la víspera. Gambetta sabia mui bien lo que iba a sacrificar pronunciando esas palabras peligrosas, pero ya no perseguia una popularidad estéril, que en cambio de un poco de estrépito exige el sacrificio de todas las convicciones. Lo que buscaba era la organizacion de un partido republicano y a esa aspiracion generosa estaba pronto a sacrificarlo todo, principiando por su propia personalidad.

El tribuno, que persigue jadeante el aura

popular, se trasformaba en un político que persigue con silencioso tezon un propósito a que ha vinculado su existencia. Pero llega un momento en que siguiendo ese áspero camino se encuentra en la mas difícil de todas las situaciones que la vida pública puede presentar; en que el grueso de sus amigos lo abandona sin defensa a la cólera implacable de sus adversarios. Los imperialistas lo atacan con rabiosa energía y los elementos mas activo, del partido republicano abren en su contra una campaña de persecucion inexorable.

Difícil situacion de que vino a salvarlo un golpe inesperado. Estalla la desastrosa guerra con la Prusia. Lluven sobre la Francia traicionada los desastres. Wissemburg, Forbach, Woerth, Freschwillen, se suceden con espantosa rapidez. Frossard se retiraba a Metz, Mac-Mahon a Chalons. Las fuerzas imperiales despedazadas en Rezonville, en Gravelotte, en Beaumont, concentran en Sedan sus restos sangrientos, donde Napoleon rindió su espada el 2 de setiembre.

Solo un dia despues cayó sobre la Francia, adormecida por las fábulas de la prensa oficial, la noticia de su tremendo desastre.

El mariscal de Palikao, en la sesión nocturna de ese día, declaró a la cámara que el ejército había capitulado y el emperador había caído prisionero.

Un momento después Julio Favre sometió a la deliberación de la asamblea que se proclamara la destitución de Bonaparte y su familia, y estando vacante el poder pide que se forme un consejo de gobierno y defensa nacional compuesto de cinco miembros.

La discusión postergada hasta el día siguiente, se abrió en medio de un concurso impaciente y tumultuoso, que desde el primer momento se sintió exasperado viendo que el debate se arrastraba en medio de formalidades cuyo alcance no podía comprender.

La agitación amenazadora obligó a Gambetta a subir a la tribuna para restablecer el orden que ya parecía imposible conservar.

Pero esa agitación, durante un momento comprimida, volvió a estallar pocas horas después, obligando al presidente a suspender una discusión que era imposible. En la plaza vuelve a aparecer Gambetta y dominando el tumulto con una voz atronadora, lanzó esas palabras memorables, que cierran la historia

del segundo imperio: «Ciudadanos, considerando que la patria está en peligro, considerando que se ha dado a la representación nacional el tiempo necesario para pronunciar la desposición; considerando que somos y que constituimos el poder regular salido del sufragio universal libre; declaramos que Luis Napoleón y Bonaparte su dinastía han dejado de reinar sobre la Francia!»—¿1 la república? gritan en medio de la multitud.—Vamos a proclamarla al Hotel de Ville, contesta Gambetta, y se dirige con Julio Favre, a la cabeza de la multitud, al palacio municipal, donde los esperaba Rochefort, que acababa de salir de una prisión de Estado. Un momento después la República Francesa quedaba proclamada y se constituía el gobierno de la Defensa Nacional, que entregó a Gambetta el Ministerio del Interior.

Desde ese instante se abre un espléndido horizonte a la actividad insaciable del joven ministro. Por todas partes la Francia exhibía las tristes huellas de sus tremendos reveses. Sus ejércitos estaban despedazados, el material de guerra en poder del enemigo, sus tesoros se habían agotado y, lo que era aun más triste que todo eso, el espíritu pú-

blico habia perdido su enerjía y desesperaba ya de poder salvar la honra nacional, que los ejércitos prusianos amenazaban pisotear.

El jeneral Trochu consiguió levantar en Paris un ejército de 70,000 hombres, completamente incapaz de resistir al formidable empuje del ejército enemigo, que principiaba a cernerse sobre la capital describiendo a su rededor un círculo de hierro.

En esos momentos Cremieux, Fourichon, Glais-Bizoin se dirigieron a Tours, quedando en Paris los otros miembros del Gobierno.

El 19 de setiembre la capital de Francia se veia envuelta por las columnas del ejército prusiano. El papel de Gambetta durante esos dias luctuosos del sitio de Paris quedó casi exclusivamente encerrado en el propósito de avivar el entusiasmo de las masas y combatir las primeras manifestaciones de la Comuna, que principiaba a hacer su sinistra aparicion.

Su patriótica impaciencia y la conviccion de que su obra, encerrada en Paris, era completamente ineficaz, lo lanzaron en el atrevido proyecto de salvar en un globo las líneas sitiadoras. La fortuna coronó aquella

empresa temeraria y llegó a Tours el 10 de octubre, llevando a los miembros del gobierno de la Defensa en las provincias el poderoso contingente de su entusiasmo y su esperanza imperturbable. Por una coincidencia casual, también ese día llegó a Tours el general Garibaldi, que iba a ofrecer a la Francia invadida su espada y su prestigio legendario.

Todos los contingentes de que el Gobierno podía disponer alcanzaban apenas a 50,000 soldados, 5 a 6,000 hombres de caballería y un centenar de cañones mal montados. La Comuna dominaba en Lyon, quince departamentos del sur desconocían el gobierno central, lo mismo que Tolosa y que Marsella; y sobre ese país, despezado por las batallas y las divisiones intestinas, avanzaban 800,000 soldados que respiraban el exitante calor de la victoria y arrastraban 2,000 cañones de campaña. Unificar y armar ese país, levantar su espíritu abatido, arrastrarlo a una defensa desesperada, fué la obra que Gambetta acometió con la fé del buen éxito. Es imposible que lo podamos seguir en los detalles de esa labor patriótica y gloriosa, es imposible que pretendamos siquiera enumerar los

decretos de su gobierno, que revelan la devoradora actividad en que durante cuatro meses agotó sus fuerzas.

Pero para medir esa obra basta contemplar los resultados, basta traer a la memoria que consiguió organizar un ejército de 600,000 hombres, armarlo, darle municiones y pertrechos, contratar empréstitos por valor de 250 millones y, lo que es aun mas asombroso, consiguió hacer renacer las esperanzas perdidas hasta el punto que el 17 de octubre le comunicaba Julio Favre que contando el jeneral Trochu con un movimiento del ejército de socorro, aguardaba poder salir de Paris pasando sobre el cuerpo del enemigo.

Venciendo Gambetta las resistencias que los jenerales oponian a esa atrevida evolucion, consiguió el 27 de ese mes principiar el movimiento en que Julio Favre cifraba las mas albagüeñas ilusiones. Pero el 30 de diciembre la capitulacion de Metz era oficialmente conocida del Gobierno, y la sombra de ese tremendo desastre oscurecia de nuevo el horizonte.

Pero no fué eso bastante para llevar el desaliento al alma acerada de Gambetta, que

continuó desplegando sus esfuerzos con el mismo ardor con que lo habia hecho hasta el momento en que era posible acariciar los sueños de victoria. Ya no disputaba el triunfo, defendia el honor frances hecho jirones

Trasladado a Burdeos el Gobierno de la Defensa Nacional, continuó allí su vida de inagotable accion en condiciones mas duras todavía que las que lo habian rodeado hasta ese instante. El desaliento dominaba de tal modo los espíritus, que la obra de Gambetta principiaba a parecer el peligroso delirio de un maniático: completamente estéril para el honor y la gloria de la Francia y fecunda solamente en los males que traeria una mas prolongada permanencia del ejército invasor. No acudian ya los soldados a engrosar sus filas vacilantes, la insubordinacion de los jefes derramaba la inmoralidad en el seno del ejército, el entusiasmo se helaba, la confianza parecia una quimera, los rodillas de la Francia principiaban a doblarse y se sentia que en un momento mas iba a caer agotada a los piés del vencedor.

El 30 de enero dirijia Gambetta un telegrama a Julio Favre. Al dia siguiente se lo contestaba Bismark desde Paris! Desde ese

momento concluyó lo que se ha llamado la dictadura de Gambetta, que solo en los últimos momentos revistió caracteres que justificaran ese nombre. El 2 de febrero promulgó un decreto que declaraba inelegibles para el próximo Congreso a todos los que habían servido al Gobierno imperial. Bismark, en nombre de la libertad de elecciones, protestó de ese decreto que sometía el poder electoral a un régimen de opresión arbitraria. El Gobierno de París apoyó las protestas formuladas por Bismark y en presencia de esa nueva situación abandonó Gambetta su parte en el Gobierno.

El 8 de febrero fué elegido el Congreso que pactó la sesión de la Alsacia y la Lorena.

Gambetta se retiró tristemente a un pequeño pueblo de la frontera española, donde iba a recuperar sus fuerzas morales despedazadas por ese tremendo y prolongado esfuerzo.

En su corto gobierno había revelado, junto con las cualidades de un enérgico carácter, el difícil talento de imponerse. Desde el día que aparece en Tours, su equívoca autoridad es aceptada por la Francia

sin que nadie la quisiera discutir. Habia mostrado las facultades de un hombre de organizacion y de gobierno, restableciendo la disciplina en el ejército y acumulando las fuerzas de la defensa nacional con una actividad maravillosa. I como resultado de todos los sacrificios que habia hecho la nacion, miéntras él la gobernaba, si no habia conseguido darle la victoria, le volvia a lo ménos el honor.

---

---

---

## II

La guerra habia concluido; habian pasado las horas de peligro, pero principiaban las horas de dificultad, valiéndonos de la expresion con que el mismo Gambetta caracterizaba aquellos momentos de embarazo.

La república naciente, rodeada de acechanzas, sin elementos de gobierno, y apenas arraigada en la opinion, no solo tenia que luchar con enemigos poderosos y avezados, y combatir la tremenda reaccion que provocaron los siniestros delirios de la Comuna de Paris, sino tambien que aplacar los espíritus indisciplinados y ardientes que se ajitaban en su propio seno y al mismo tiempo constituian su debilidad y su fuerza.

A cada instante la república parecia es-

caparse de las manos con que Thiers la sostenía, desplegando todas las habilidades de su fecundo jenio político. La situación se presentaba, pues, rodeada de embarazos singulares. Thiers, sirviéndose de una Cámara, en que dominaba una mayoría reaccionaria, tenía que satisfacer las exigencias de una nación que aguardaba impaciente las más avanzadas soluciones.

Y la mayoría republicana, con esa eterna injusticia de todos los partidos doctrinarios, cerraba la vista a las contrariedades y asperezas del momento, para atribuir a la mala voluntad del presidente y su equívoca adhesión a la república la responsabilidad exclusiva de que los votos populares no hubieran sido todavía satisfechos.

En medio de esas dificultades, abandonando Gambetta su retiro de San Sebastian, se presentó en Burdeos el 20 de junio; allí pronunció uno de los discursos que hacen más honor a su reputación de hombre de estado y que manifiestan la experiencia que había recojido en su corta permanencia en el poder. Aceptaba de lleno el programa del gobierno y señalaba como único fin a la política que su partido debía perseguir,

la necesidad de completar la revolucion, cuyos beneficios no se habian estendido todavía a los obreros y paisanos, intelectualmente relegados algunos siglos mas atras que la clase ilustrada del pais, y añadia, tocando la fibra mas vibrante y delicada del corazon de los franceses:

«Sí, señores, si hemos sido vencidos, si hemos sufrido esa suprema injuria de ver que la Francia de Kleber y de Hoche perdiera sus dos mas patrióticas provincias, las que contenian a la vez mas espíritu militar, comercial, industrial, democrático, solo debemos acusar nuestra inferioridad física i moral... Si es necesario aguardar diez años, veinte años, se aguardará; pero es menester principiar desde luego a curarnos del mal vanidoso que nos ha causado tantos desastres y no presentar ninguna reclamacion antes que ésta: la difusion mas completa de la base a la cima de los conocimientos humanos.

«Quisiera, dice él, para resumirme, que nuestra oposicion fuera una oposicion de gobierno; quisiera no llevar mas preocupacion que la de hacer el bien o la de obligar a los otros a hacerlo; porque yo conozco una

pasion mas viva que la de ejercer el poder: es vijilar con equidad, con firmeza, con buen sentido, un poder leal, y bajo la simple presion de las ideas y del espíritu público ver realizar por otras manos que las suyas las reformas mas brillantes... Pero para eso es necesario que el partido republicano sea de una absoluta severidad en materia de principios; y lo declaramos aquí: Sí, seremos induljentes con las personas; sí, nos mostraremos fáciles para abrir la puerta, pero seremos implacables con los principios. Admitirémos que los hombres se ilustren; admitirémos que otros, sin haberse completamente convencido, pero por las necesidades de una situacion escepcional, acepten de buena fé las consecuencias del principio de la república. Solo con las faltas al deber no transijirémos.

«Si se hace esta guardia severa al rededor de las instituciones, estad convencidos de que mantendrémos mejor la República con una minoría republicana, firme, enérgica, vijilante, que con una mayoría de hombres inconsistentes y tibios, que seria exclusiva tratándose de personas, y fácil para aceptar compromisos tratándose de principios.»

Ese programa, seguido con lealtad y decision por el partido de Gambetta, arrastró al Gobierno al establecimiento definitivo de la República. Miétras los partidos monárquicos embarazaban la accion del Presidente, Gambetta y los republicanos secundaban todos los esfuerzos del Gobierno. Pero apénas habia tomado Gambetta en el Congreso la direccion de la izquierda republicana, se vió obligado a abandonar su puesto de combate bajo el peso de una grave enfermedad, que puso sus dias en peligro y que solamente le permitió volver a su tarea interrumpida cuando las puertas del Congreso habian sido clausuradas.

A falta de la tribuna de la asamblea, continuó su propaganda en la tribuna de los comicios populares, dirigiéndose precisamente a los centros mas ardientes de las fuerzas monárquicas.

Principió por Saint-Quentin, que durante la guerra habia hecho una resistencia bravía a la invasion del ejército prusiano. Pronunció allí un discurso, en que despues de acariciar los recuerdos heróicos de ese pueblo, desarrollaba de nuevo el programa de Burdeos, insistiendo especialmente en los pun-

tos en que la política republicana despertaba mas vivos recelos. Se empeñó en demostrar que la causa única de los desastres sufridos por la Francia era la inferioridad moral en que el imperio la habia sumerjido, y que la única esperanza de una rehabilitacion séria se fundaba en difundir la instruccion entre las masas, en establecer la enseñanza obligatoria, gratuita y absolutamente laica, «no soi hostil a la relijion, decia, y por eso mismo pido la separacion de la Iglesia y las escuelas.

«Estoi convencido que porque un partido dominante en la iglesia se ha arrogado el derecho casi esclusivo de distribuir la enseñanza en las escuelas, de amasar y formar al niño para tomar al hombre y al ciudadano, para llegar al Estado mismo, es por lo que el clero ha dejado de ser un gran cuerpo religioso para convertirse en una faccion política. Así lo hemos visto perder el sentimiento de su propia dignidad, hasta el punto de no ser mas que un agente pasivo en las manos de un poder oculto y extranjero que los habitúa a no considerarse como ciudadano de la Francia y mirar como un honor el ser los servidores del poder teocrático que les

envía sus dogmas y sus órdenes». Y concluye su discurso aquí, como en Burdeos, estendiendo sobre los hombres del pasado, que aceptáran la organizacion republicana, el velo de un olvido noble y jeneroso.

En los dos discursos que tan estensamente hemos resumido, bosqueja Gambetta a grandes rasgos las ideas políticas que debian servir de base a su partido y asume resueltamente la actitud de un defensor de la administracion que encabezaba M. Thiers.

Esa actitud y ese programa armaban en su contra a todos los partidarios de una política impaciente, y exasperaban, sobre todo, a los que oian en sus labios esas palabras de amnistía jenerosa para sus perseguidores de la víspera. Una tempestad de sórdidas inculpaciones principió desde ese momento a desatarse en contra suya.

En efecto, la situacion política en que Gambetta habia venido a colocarse estaba llena de crueles desengaños para los que esperaban ver en él solamente un eco ardiente de pasiones implacables. El fogoso tribuno de los días del imperio aparecia ahora transformado en un político cauteloso y prudente, en que del hombre antiguo no quedaba mas que

la indomable enerjía y aquella audacia batalladora y temeraria de que acababa de dar una evidente prueba yendo a combatir a sus mas encarnizados enemigos en los núcleos de sus mayores resistencias. Poco mas tarde debia dar Gambetta una prueba mas acentuada todavía de la transformacion que se habia operado en su carácter.

El 21 de setiembre se anunció en Chambery una fiesta patriótica en honor de la proclamacion de la República. El Ministro del Interior, Le Franc, se opuso al banquete proyectado y la autoridad local prohibió que se verificara la reunion. Y cuando se esperaba un estallido de Gambetta, éste le escribió al ministro tranquilamente: «Deseando manifestar una vez mas el partido republicano su decidida voluntad de no apartarse nunca de la mas estricta legalidad, y en el interes superior del orden en la República, ha decidido renunciar a la reunion proyectada para mañana».

En medio de la lucha Gambetta habia adquirido el difícil talento de saber esperar, habia aprendido a tener esas largas paciencias sin las cuales no es posible el éxito en política, y se habia al mismo tiempo despo-

jado de esas vaguedades nebulosas que envolvían su concepción en otro tiempo, dándole ahora a sus ideas los contornos fijos de un propósito práctico e inmediato.

En un banquete del Havre, desarrollando sus planes exclamó: «Limitemos nuestras exigencias a organizar una nación armada y una nación instruida... y estemos en guardia contra las *utopías*... No hai un remedio social porque no hai *una cuestión social*. Hai una série de problemas que resolver, de dificultades que vencer, que varían con los lugares, los climas, los hábitos, el estado sanitario, problemas económicos que cambian en el interior de un mismo país. Pues bien! esos problemas deben ser resueltos uno por uno y no con una fórmula única. Por el trabajo, por el estudio, por la asociación, por el esfuerzo siempre constante de un gobierno de hombres honrados es como llegan los pueblos a la emancipación. No hai, lo repito, panacea social, hai todos los días un progreso que hacer, pero no hai solución inmediata, definitiva y completa».

Luis Blanc, que encarnaba en el *Rappel*, las viejas máximas del republicanismo de la antigua escuela, recojió al día siguiente esa

palabra *utópia*, que habia sido lanzada, segun él «para tranquilizar la burguesía, corriendo el peligro de dormirse en una ciega y ociosa indiferencia.» Acentuando su pensamiento le contestó Gambetta: «La mas pequeña lei sobre manufacturas, el mas pequeño reglamento de escuelas serán de un efecto infinitamente mas precioso y harán avanzar el progreso democrático infinitamente mas que teorías vagas y quiméricas. Esa es la verdad, que todos los demócratas que quieren servir al pueblo y no mecerlo con vanas palabras, han tomado ahora como regla de conducta».

Así se iba operando en el espíritu vigoroso del jóven tribuno una transformacion que lo llevaba de la rejion abrazadora de las quimeras al frio escenario de la vida real, en medio de los anatemas y las cóleras de los impacientes, pero en medio tambien de los aplausos de los que aspiraban por ver establecida una República tranquila y duradera.

Pero sus adversarios le reservaban todavía una prueba mas dolorosa y difícil que todas las que hasta entónces habia atravesado con fortuna. El 26 de agosto pronunció en Grenoble uno de sus discursos mas ardien-

tes,—el discurso de las *capas sociales*, como se le llamó en su tiempo,—en que bosquejaba el desarrollo de la política de Thiers, señalaba sus peligros y, recordando las palabras que Napoleón I había pronunciado al volver de la isla de Elba, incitaba a desconfiar de las promesas siempre tan fácilmente contraidas en las horas de peligro y eternamente burladas cuando pasan esas horas.

En la Comisión de Permanencia, que funcionaba durante el receso de la Asamblea y en que dominaba una mayoría reaccionaria, para salvar un momento difícil, M. Thiers tuvo la debilidad de declarar que «se había pronunciado en Grenoble un discurso que él deploraba profundamente. Este discurso es sensible, sobre todo, para los que creen que la forma actual es el único Gobierno posible».

Gambetta devoró en silencio estas palabras amargas, que habrían podido provocar una ruptura entre el jefe del Gobierno y el jefe de las fuerzas republicanas, en provecho de los elementos reaccionarios que entonces se agitaban con viveza.

Pero apenas abrió sus puertas la Asamblea, el general Changarnier anunció una in-

terpelacion al Gobierno con motivo de los viajes de Gambetta al Delfinado y la Saboya, esperando que una desaprobacion mas pública y ruidosa del discurso de Grenoble, hiciera estallar los resentimientos personales de Gambetta y produjera una escision que desde largo tiempo perseguian.

Contestando a esa interpelacion leyó M. Thiers en la tribuna su mensaje del 13 de noviembre, en que rompía los velos que hasta ese momento habian envuelto los actos contradictorios de su conducta política. Gambetta fué el primero en dar la señal de los aplausos, atando así mas vivamente todavía los lazos que lo ligaban a la política de Thiers, que desde ese momento se veia obligado a romper, por el contrario, con los que tan ásperamente reprochaban su conducta.

En el desarrollo del debate las situaciones se fueron acentuando de manera que el presidente pudo declarar, sin sorprender a nadie, que la base de su política debia desde ese momento descansar en el apoyo que la izquierda republicana le ofrecia. «Me han entregado en Burdeos, dijo, la república; nadie en esa época me ha propuesto otra forma de Gobierno. Es la forma republicana la que

me ha sido entregada en depósito: la lealtad me hace un deber en devolverla al país... Se quería que yo hiciera el rol de un traidor; no he podido hacer eso. Ustedes se asombran porque los radicales me sostienen. ¿Qué hai ahí de extraordinario? Yo sostengo la república. Ese es el secreto».

La actitud presidencial provocó una oposición colérica de todos los grupos parlamentarios empeñados en sostener el equívoco que hasta entónces imperaba. Los republicanos comprendieron que habia llegado ya el difícil momento en que debian jugar su última partida. Pero esa lucha no podia empeñarse en el seno de una asamblea dominada por elementos que les eran decididamente hostiles. Necesitaban disolver la Asamblea, proceder a las nuevas elecciones de una Cámara que estuviera mas en armonía con las aspiraciones y los sentimientos populares, y plantear en ella el problema de la organizacion definitiva de la Francia.

A los golpes vacilantes que le dirijian los monarquistas, respondió Gambetta proponiendo la disolucion de la Asamblea. Fué ese uno de sus más bellos triunfos de orador y de político, y sobre ese discurso volverán

siempre los que mas lo admiran, como sobre uno de los momentos mas brillantes y poderosos de su vida. Sus adversarios mismos se vieron obligados a reconocer en el orador republicano las cualidades que con tan obstinado empeño le negaban. Al dia siguiente uno de los diarios que con mas viveza lo habia maltratado decia: «Dominar durante hora y media a la mas turbulenta y mas apasionada de las mayorías con la cuestion que la hiere mas profundamente, mas íntimamente; perseguir una larga esposicion, razonada y meditada, a traves de las pasiones ardientes, las cóleras prontas a estallar, los gritos que se escapan a cada minuto, sin abandonar nada, sin disimular nada, sin atenuar nada; cautivar, atraer y manejar como maestro ese auditorio violentamente hostil; obligarlo a escuchar verdades que personalmente lo lastiman; ser a la vez el mas irreprochable de los teóricos políticos y el mas ardiente de los luchadores; y en este largo discurso, tan interrumpido, tan firme, tan lójico, tan noblemente apasionado, sembrado de respuestas tan vivas y desarrollado al traves de una verdadera batalla, no pronunciar una sola palabra de que sus adversarios

se pudieran aprovechar; no arriesgar un argumento que se hayan atrevido a responder, no dejar escapar una personalidad que les permitiera escusar las que ellos habían prodigado, hé aquí lo que ha hecho Gambetta».

Aun cuando el proyecto de disolución fué rechazado por una mayoría de 483 votos contra 196, después de ese discurso el prestigio de la Asamblea quedaba herido mortalmente. La lucha iniciada buscaba ocasiones para reanudarse i estalló de nuevo con motivo de la noticia de la definitiva liberación del territorio. Los monarquistas le negaban a Thiers el título de libertador del territorio, y se oponían a que en la orden del día de la Cámara se dijera que había merecido bien de la patria, llegando uno de los adversarios del orden de cosas establecido, hasta sostener que «la liberación del territorio era un golpe dirigido por M. Thiers contra la Asamblea.»

Pero por más empeño que pusiera Gambetta en eludir las dificultades que pudieran enturbiar las relaciones del Gobierno y su partido, llegó un momento en que se vió imperiosamente obligado a interrumpirlas.

Debía tener lugar una elección de diputados en París y M. Thiers presentaba a M. de Ré-

musat con los desgraciados colores de las candidaturas oficiales. Gambetta, que, segun sus declaraciones reiteradas, estaba pronto a aceptar todas las transacciones y a hacer todas las concesiones que el sostenimiento de la República exigiera, no podia hacer ninguna en el terreno de la lucha electoral. Allí Gambetta y los suyos solo podian sostener candidaturas de un republicanismo decidido. Rechazaron la candidatura oficial y elijieron a M. Barodet.

El resultado de este escrutinio exasperó a la mayoría reaccionaria, que dirigió sobre el Gobierno los encarnizados ataques que trajeron la caída del Presidente del Consejo, Julio Simon.

Pocos dias despues, en la sesion del 19 de mayo de 1873, 314 signatarios declaraban «querer interpelar al Gobierno sobre las razones que habian traído la caída del Ministerio y la necesidad de dar garantías a la causa conservadora.»

El 24, M. Thiers se presentaba en la tribuna a defender en persona su política, dando término con su discurso a uno de los debates mas ardientes que ha ofrecido la tribuna francesa, tan fecunda en violentas

tempestades. El desenlace de ese áspero debate fué la aprobacion por 16 votos de mayoría, de una orden del dia en que leemos: «La Asamblea Nacional deplora que las recientes modificaciones ministeriales no hayan dado a los intereses conservadores la satisfaccion que tenian derecho de esperar, y pasa a la orden del dia.»

Al abrirse la sesion de esa noche M. Buffet, Presidente de la Cámara, dió lectura al último mensaje del Presidente Thiers en que éste hacia la formal dimision de sus funciones; y ántes de que la Asamblea se hubiera pronunciado, daba tambien lectura a una proposicion para proceder inmediatamente al escrutinio del sucesor de M. Thiers.

Mac-Mahon fué elegido. La revolucion parlamentaria habia triunfado y arrojaba del poder a M. Thiers. La reaccion, amenazadora y victoriosa, tenia ahora en sus manos la fortuna de la Francia y proyectaba sobre el porvenir su sombra oscura.

En presencia de esa nueva situacion y del curso peligroso que tomaban los sucesos, los republicanos varían profundamente la actitud en que hasta entónces se habian

mantenido, y la vida de Gambetta se presenta bajo una nueva faz, ¡su última faz! en que por primera vez ese eterno vencido, —el vencido del Imperio, el vencido de Burdeos, el vencido de Versalles: en los tribunales de justicia, en los campos de batalla, en las votaciones de la Asamblea,—siente su frente acariciada por las brisas cariñosas y fugaces del buen éxito.

---

---

---

### III

Con Mac Mahon el régimen de la reacción subió al poder, y a su amparo desde el primer momento se principió a desarrollar la conspiración de los que minaban sordamente la República.

El 8 de junio Ladmirault, gobernador de Paris, mandó suspender la publicación del «Corsario», descubriendo, con el indiscreto exeso de su celo, los manejos clandestinos del nuevo Gabinete en contra de la prensa.

Gambetta aprovechó la oportunidad, que el gobernador de Paris le presentaba, para rasgar el pérfido velo en que el Gobierno envolvía su conducta, leyendo una circular en que el Ministro del Interior dejaba en una triste transparencia sus propósitos y autoriza-

ba a los prefectos para subvencionar y corromper los diarios de provincia.

La impresion que produjo en la Cámara la lectura de esa circular indecorosa fué tan viva que estuvo a punto de precipitar al Gabinete, que consiguió escapar por una insignificante mayoría, a un tremendo golpe de censura.

Pocos dias despues, el 24 de junio, aniversario de Hoche, el Gobierno del *orden moral*, tuvo una nueva y triste oportunidad de exhibir los planes que abrigaba prohibiendo, bajo fútiles pretextos, que se celebrara esa solemnidad republicana como se habia hecho en los años anteriores.

Y, yendo mas lejos todavía el 14 de julio, subia el conde de Jaubert a la tribuna, para pedir que se diera preferencia al proyecto en que el Gobierno aniquilaba el derecho de reunion y hacia pedazos las tribunas populares, lo que irónicamente se llamaba negar *la libertad del balcon*.

Por esos mismos dias en la *Republique Française* se publicaban las pruebas de una intriga monárquica y hasta la presentacion que se iba a dirigir a Enrique V. Habia en Paris una comision que se llamaba «de los

nueve» y que se ocupaba en preparar la entrada del rei que de un momento a otro se esperaba sériamente.

Todos los dias los boletines oficiales publicaban largas listas de empleados republicanos, que el Gobierno separaba de sus puestos, en que eran invariablemente reemplazados por antiguos agentes del imperio o servidores de las pasadas monarquías.

Y, como era natural, los ataques mas envenenados eran personalmente dirigidos a Gambetta, a quien la prensa oficial trataba de hacer aparecer como uno de los miserables que habian especulado con las horas de angustia de la Francia.

Bien pronto a las inculpaciones odiosas de la prensa vinieron a añadirse los golpes de mano y las violencias materiales.

En el momento de tomar el tren para dirigirse a la Asamblea de Versalles, un desconocido se acercó por esos dias a Gambetta. «Ud. ha dicho ayer que los bonapartistas son unos miserables, le dijo. Yo soi bonapartista. Repetiria Ud. delante de mí lo que ha dicho ayer?»

«Por supuesto, le contestó Gambetta, si Ud. es bonapartista. Y, tómelo como Ud. quiera».

Muchos pudieron escuchar estas palabras y cuando vieron que grupos amenazadores se estrechaban al rededor de Gambetta, salieron a buscar la policía, previendo el conflicto que sus adversarios le habian preparado.

Solo se pudo aprehender al primero de los que se habian dirigido sobre Gambetta en actitud provocadora, y unos pocos minutos despues se le puso en libertad, mostrando así las vergonzosas complicidades del poder.

Los inquietos celos que una situacion semejante despertaba en los espíritus, la alarma en que esa atmósfera de temor los envolvía, llegó al extremo de que por no caer en las redes de un nuevo 2 de Diciembre muchos de los diputados republicanos no dormian en sus propias casas. A esta situacion en que el temor y la sospecha flotaban en la atmósfera, como era natural, correspondia una organizacion en que todo estuviera preparado para llegar a los últimos extremos, si el desarrollo de los sucesos hacia necesaria una defensa personal y armada.

Todavía permanecen entre las sombras del secreto los trabajos a que se entregó Gambetta para preparar la resistencia revolucio-

naria, que la situación parecía reclamar. Llama la atención el silencio revelador que en esas circunstancias guardaba el jefe de la oposición republicana. Cuando un hombre, habituado a dar espasmos a sus ideas, se encierra en una de esas reservas obstinadas es porque no puede decir lo que medita.

Gambetta solo hablaba entonces para lanzar sobre sus adversarios los más violentos estallidos de su cólera, echando, por el momento, en el más completo olvido aquella respetuosa actitud parlamentaria en que hasta entonces había sabido mantenerse.

La tirantez de esta situación se prolongó hasta que en la última sesión de 1875 la asamblea votó su disolución.

Los partidos reaccionarios, contando con la eficaz cooperación de los agentes oficiales, miraban como inlucupable y segura la victoria. Apretaron los resortes del poder y aguardaron tranquilos las horas de la lucha.

Los republicanos que cifraban en sus doctrinas la base exclusiva de sus fuerzas, se lanzaron en una infatigable propaganda.

Gambetta aceptó la candidatura que le ofrecían sus amigos de Avignon,—que era

uno de los centros mas poderosos del partido bonapartista y clerical,—dando así un ejemplo a sus parciales de que queria pelear resueltamente su puesto en la Asamblea.

El 17 de febrero se habia dirigido a Ca-vaillon, donde iba a tener lugar una reunion electoral. La multitud lo recibe en actitud hostil, se agolpa al rededor de su carruaje, le lanza injurias y pedradas, amenazándolo con que lo haria pedazos si se atrevia a presentarse en público. Gambetta comprendió el riesgo que habia en obedecer el impulso del primer momento; y sin tomar en cuenta su peligrosa situacion personal, se apresuró a adoptar las medidas necesarias para evitar cualquier colision entre sus amigos y sus insultadores. Ese choque habria necesariamente llegado a ser sangriento, y serviria de pretexto a los hombres de gobierno para dictar medidas de intimidacion en toda la Francia que pusieran en peligro el resultado de la lucha electoral.

Gambetta y sus amigos escapaban de ese modo a la emboscada que sus adversarios les habian preparado, dando un ejemplo que produjo en la Francia entera una vivísima

impresion. Habia llamado desde luego la atencion el hecho mismo de que Gambetta elijera para presentar su candidatura no uno de esos puntos en que las fuerzas republicanas dominaban con una indisputable mayoría, en que la lucha era imposible y el buen éxito seguro, sino aquel precisamente en que era mas dudoso el resultado. Obedeciendo a la lójica, era ésa sin duda la actitud que debia asumir un jefe de partido, que busca el triunfo de sus ideas y el engrosamiento de sus filas en esos combates políticos. Los candidatos mas débiles, los que llevan en sí mismos ménos fuerzas, son los que naturalmente se debe colocar en los puntos del mapa electoral en que hai mayores probabilidades de suceso; y donde, por el contrario, las dificultades se amontonan, la lucha es mas áspera, y se necesita un candidato que posea hasta las fascinaciones del prestigio para comprometer mas el ardor de sus parciales y ejercer toda la influencia posible sobre los espíritus todavía vacilantes, es donde se debe arrojar a la arena electoral el nombre mas popular y prestigioso de un partido. Así lo comprendió Gambetta al presentar su candidatura en Avignon, cal-

culando hábilmente el efecto que produciría, en la imaginación viva i dramática de las masas de la Francia, ese golpe de audacia, que rompía con la tradicional y tímida conducta, que en estos casos habian seguido invariabilmente todos los jefes de partido.

Perdónesenos si insistimos en este rasgo peculiar de su carácter político. Gambetta ha sido un jefe de partido excepcional, único talvez bajo este aspecto, y ha sido, sin embargo, profunda y rigurosamente lójico.

Cuando en el seno de la Cámara era necesario lanzar una de esas palabras compromitentes, que entregan un hombre a las mordacidades de la crítica y lo presentan como blanco a las injurias de sus adversarios, no se mantenía Gambetta en una prudente reserva, no mandaba a la tribuna a uno de esos hombres secundarios, que un partido puede perder sin perder mucho y que se lleva a esos puestos precisamente para que sirvan de carne de cañon. Nó, Gambetta se levanta, va a la tribuna, lanza la palabra necesaria y peligrosa, y presenta su pecho para recibir los golpes, que van a caer sobre el partido: cubre con su persona a sus amigos. Era natural que el mas fuerte, el que

podía resistir mas, fuera el que avanzara a donde se necesitaba de mas fuerza y resistencia; era natural que el que imponia mayor miedo a sus enemigos subiera a la tribuna a provocarlos. Era mas dificil lanzarse sobre un hombre como Gambetta y aplastarlo, que echar al suelo a cualquiera de los que lo acompañaban en la Cámara. Todo esto, lo repetimos, era bien calculado y natural; pero exijia que el jefe de una agrupacion parlamentaria que lo quisiese realizar, abandonara esa situacion de reserva solemne, en que invariablemente los directores de partido se encastillan, para sustraerse a los golpes ardientes de la lucha y colocar su prestigio en una especie de rejion inaccesible.

Siguiendo esa misma lójica vemos que Gambetta se presenta a pelear su batalla electoral, en donde la derrota era segura para un candidato sin prestigio y solo para él era posible. En ese punto perdido no coloca, siguiendo los hábitos políticos que de ordinario se observa en estos casos, a un desconocido o a uno de esos hombres que importa poco dejar tirados sobre el campo, sino que se coloca a sí mismo, para hacer

que todas las fuerzas del partido se concentren en esa lucha desesperada i que, por salvarlo, se vean sus parciales obligados a poner en juego todos los recursos de que esté en su mano disponer. Todo esto era hábil, era brillante, bien calculado, no solo para triunfar sino tambien para fanatizar al pueblo francés, y todo esto nos esplica el entusiasmo delirante y las adhesiones ciegas que Gambetta ha provocado.

Y cuando en contra de un hombre semejante se preparaba una emboscada, como la triste emboscada de Cavaillon, era tambien natural que se arrancara a la Francia entera un grito de indignacion, a que el Ministerio Buffet no pudo resistir. Tres dias despues de las escenas deplorables que acabamos de narrar, el Gabinete se vió obligado a hacer su dimision en medio de un desprestijio sin ejemplo.

En la nueva asamblea Gambetta fué nombrado presidente de la comision de presupuestos. La situacion parlamentaria en que entónces se encontraba estaba mui léjos de tener las asperezas del último período: y dando de mano a los trabajos activos que hasta ese momento lo habian absorbido, se

retiró de los debates para consagrarse seriamente a estudiar las cuestiones de administración.

Durante el curso del año 76 Gambetta subió muy pocas veces a la tribuna, y su discurso más considerable fue consagrado a desarrollar un proyecto de finanzas. Solo una vez se presentó en Belleville, ese Belleville para él tan querido, que fue la tempestuosa cuna de su vida pública. Iba ahí a pronunciar su discurso anual, a hacer el resumen de los trabajos y las luchas del partido republicano. Esta vez le preparaban sus adversarios un escándalo como el que había fracasado en Cavaillon. En efecto, en la mitad de su discurso fue vivamente interrumpido por un agente disfrazado, que iba a interpellarlo a propósito de sus condenaciones a la Comuna de París. El terreno era elegido con fortuna para despertar los resentimientos inflamables de aquel auditorio de apasionados proletarios. «Es necesario que oigais lo que tengo que decir, contestó Gambetta. Os han dicho, recordando una palabra de que acababa de servirme, que había calificado la insurrección del 18 de marzo como una de esas convulsiones que en

nada se asemejan a las manifestaciones de de un partido político. Ya que la reaccion me obliga a hablar voi a hacerlo. Escuchadme! Hé ahí un hombre que habla de la Comuna y que dice que la Comuna es la manifestacion lejítima de un sistema, de una idea política. Ahora ¿sabeis quién es ese hombre? Es bueno saber quiénes son los que se atreven a hablar así delante del pueblo. Cuando se pronuncian palabras como las que acabais de oír, que, si ¡udieran ser la espresion de un pensamiento sério, se volverian cruelmente contra vosotros y vuestras ideas, es necesario conocer a los que las pronuncian. Pues bien, a ese ciudadano yo lo conozco. . . Cuando volví a la Cámara de Diputados, por mandato vuestro despues de la guerra, recibí la visita de ese señor que está ahí, y ese señor que encuentra que la Comuna era la espresion de una idea lejítima ¿sabeis lo que era en el momento de la Comuna? Pues bien estaba entre las manos de los clericales, a quienes servia. Ha venido a buscarme para que lo ayudara a salir de ahí. Me habia traído una composicion en verso que me dedicaba; se la devolví.—Y ese señor que dice semejantes cosas, se preocupaba únicamente,

no, como dice ahora, del radicalismo comunalista, sino de escribir en un diario que yo acababa de fundar, cualquier cosa sobre cualquier cosa. No hai adulos ni bajezas que no haya dirigido a vuestro servidor para conservarse en ese puesto, pero yo olí al personaje... y hélo ahí.»

Aquella flajelacion sangrienta puso término a las emboscadas con que los reaccionarios querian detenerlo en su propaganda política. No volvieron a encontrar ningun agente que tuviera el arrojo necesario para afrontar los desbordes inexorables de esa cólera.

Entretanto, la lucha que fermentaba entre la nueva Cámara y el viejo Senado, llegó, empujada por un pequeño incidente, a un período de crisis decisiva.

Propuso el Senado que se restablecieran ciertos créditos que el gobierno habia pedido y la Cámara habia rechazado. Sosteniendo Gambetta, que el derecho de crear y distribuir los impuestos era una prerogativa de de la Cámara, que el Senado no podia invadir sin trastornar sériamente la organizacion constitucional, pedia la insistencia en el rechazo anterior de esas partidas. La

Asamblea apoyó por una enorme mayoría la opinion sustentada por Gambetta, recojiendo el guante que iba envuelto en las provocadoras pretensiones del Senado.

Ese golpe era una declaracion de guerra que vino a tener su tardío desenlace en el golpe de Estado del 16 de mayo. Pero desde los últimos dias de diciembre de 76 en que esa declaracion vino a hacer ostensibles las sordas luchas del Senado y de la Cámara, no volvemos a encontrar otra manifestacion parlamentaria hasta el 4 de mayo del año siguiente en que se interpeló al gobierno sobre las medidas adoptadas para reprimir los complots ultramontanos.

La conspiracion clerical fué viva y enérgicamente exhibida ante la Francia, con todas sus temerarias y odiosas pretensiones, cerrándose el debate con una orden del dia que acentuaba el pensamiento de la Cámara. «Considerando, decia esa orden, que las manifestaciones ultramontanas, cuya recrudescencia podria comprometer la seguridad exterior e interior del pais, constituyen una violacion flagrante de las leyes del Estado, la Cámara invita al gobierno a reprimir esa agitacion antipatriótica, usando de los me-

«dios legales de que dispone y pasa a la órden del dia.»

El 16 de mayo circuló el rumor de que el presidente Mac-Mahon habia despedido al presidente del Consejo, Julio Simon, como una satisfaccion dada a los jesuitas por los golpes que habian recibido en la Asamblea. Luego se hizo público que el jefe del gabinete declaraba que desde el 4 de mayo el presidente no habia vuelto a dirigirle la palabra, y aunque Mac-Mahon se apresuró a dirigir a la Asamblea un despacho, en que trataba de atenuar el efecto que el conocimiento de estos hechos habia producido, pudo ver la esterilidad de sus esfuerzos en los aplausos con que fué recibido el altanero discurso de Gambetta, y en la fuerte mayoría que apoyó la declaracion de que la Cámara no acordaria dar su confianza a un gabinete que no estuviera libre de la accion de Mac-Mahon. Pero en vez de detenerse el mariscal en la pendiente en que habia dado el primer paso, entregó al duque de Broglie la direccion del nuevo ministerio.

La lucha entre el Presidente y la asamblea entró entónces en un período violento, que el gobierno se proponia terminar decla-

rando la disolucion de la Cámara y llamando a nuevas elecciones, pero antes de dar ese paso decisivo era necesario preparar el terreno electoral separando a todos los republicanos de los puestos en que pudieran ejercer alguna influencia y nombrando en su lugar agentes que pudieran servir resueltamente la política oficial. La organizacion de ese gobierno de combate se hizo con tanta precipitacion, echando tan descaradamente mano de los cuadros administrativos del imperio, que se llegó a nombrar funcionarios que habian muerto.

El 16 de junio las sesiones suspendidas hacia un mes volvieron de nuevo a continuar. Y en esa sesion cuando calificaba Fourtou a la asamblea de 1871 y la llamaba *libertadora del territorio* y fué interrumpido por una voz que desde los bancos de la izquierda le gritaba: «*El libertador del territorio, está ahí!*» Era la voz de Gambetta, que poniéndose de pié, señalaba a Mr. Thiers.

La noble manifestacion que vinieron a provocar esas palabras fué la última que recibió en su larga vida ese anciano venerable, cuya figura se iba engrandeciendo por momentos.

—se engrandecía como los astros a medida que se alejan de nosotros y se acercan al oscuro horizonte de su ocaso!

Pero la Cámara no había sido convocada para hacer una manifestación a Mr. Thiers sino para discutir un proyecto de disolución, que los republicanos combatieron como maniobra política y legal pero aceptaron como un reto del gobierno reaccionario. Véase en las nuevas elecciones una apelación al país que iba a fallar entre la política del Presidente y la política de la oposición republicana.

Disuelta la asamblea el gobierno desplegó con cruda audacia todos sus elementos de combate. Entró en la lucha sin vacilación y sin pudor, aceptando hasta los más indecorosos expedientes si creía poder paralizar con ellos la acción republicana.

Gambetta pronunció en Lille, al abrir esta campaña electoral, un discurso en que sucintamente analizaba la política oficial, discurso que concluía con estas palabras: «No temais que cuando cinco millones de franceses hayan hablado, haya alguien, en cualquier grado de la escala política o administrativa que pueda resistir. Cuando la Fran-

cia haya pronunciado su resolucion soberana, será necesario escojer: O SOMETERSE O DIMITIR!.

El Gobierno creyó ver en ese discurso ofensas dirigidas al Presidente de la República y ultrajes que lastimaban el honor del Ministerio; y a la sombra de esa fingida susceptibilidad, ordenó el proceso de Gambetta. El efecto contraproducente que produjo aquella acusacion, que resucitaba en plena república los procedimientos mas odiosos del Imperio, descubrió luego al Gobierno la torpeza de aquella medida tan hiriente como estéril. Quiso volver sobre sus pasos, pero ya la acusacion estaba lanzada y era tarde, demasiado tarde para reparar esa falta, que un accidente vino a hacer mas grave todavia. El 2 de setiembre murió M. Thiers en Saint-Germain y bajo la impresion de esa deplorable pérdida evocaba la Francia los recuerdos de las largas luchas de ese eminente hombre de Estado; y como era natural, la memoria insistia especialmente en recordar el período mas brillante de su vida, sus últimos combates y sus esfuerzos supremos por salvar la organizacion republicana, salvar el orden y libertar el suelo violado de su patria.

Por una inevitable asociacion de ideas, al lado de la figura reflexiva y sagaz del viejo estadista, se elevaba la figura ardiente y juvenil de Gambetta, que le habia prestado en las horas mas difíciles de su Gobierno un apoyo resuelto y decidido, que al jóven tribuno le costaba el difícil sacrificio de su popularidad naciente.

Rodeado con los reflejos de esos grandes recuerdos, comparecia Gambetta ante el tribunal del Sena el 12 de setiembre y hacia de su conducta una defensa desdeñosa. El tribunal lo condenó a tres meses de prision y 2,000 francos de multa, sentencia confirmada por el tribunal supremo el 23 de setiembre, el mismo dia en que aparecia publicado en las columnas del *Diario Oficial* el decreto que convocaba a los electores para el 14 de octubre próximo.

El 12 de octubre volvia Gambetta a comparecer otra vez ante el tribunal de policía correccional por el delito de ofensa a los Ministros, a propósito de un manifiesto electoral, y otra vez volvia a ser condenado a tres meses de prision y 4,000 francos de multa.

Dos días despues la opinion pública pro-

nunciaba su fallo inapelable, dando a los republicanos el mas incontestable de sus triunfos políticos. Los hombres del 16 de mayo caian aplastados bajo el peso de ese tremendo rechazo electoral.

Sin embargo, el Ministerio trató de resistir y se sostuvo hasta el 17 de noviembre, en que despues de una flajelacion sangrienta a la política del duque de Broglie, se vió obligado a presentar su dimision.

Haciendo el Mariscal Presidente un nuevo esfuerzo en favor de la reaccion a que servia, nombró entónces el Ministerio Rochebouet, Ministerio de combate, como el que le acababa de arrebatarse el voto de la Cámara, Ministerio de desafío, a que la mayoría republicana contestó negando la aprobacion al presupuesto. Rochebouet cayó y comprendió Mac-Mahon que la misma suerte estaba reservada al Gabinete que no contara con el apoyo de la mayoría republicana, y se encontró en la imprescindible y cruel necesidad de aceptar las arrogantes condiciones que le impuso Dufaure para organizar el nuevo Ministerio. Pero a pesar de la confianza que M. Dufaure inspiraba personalmente a sus amigos de la izquierda, el temor

de que quisiera el Presidente hacerlo víctima de sus duplicidades; el temor de que el Presidente lo arrojara, como había arrojado a Julio Simon, tan pronto como tuviera los presupuestos aprobados, hizo que la asamblea solo concediera provisoriamente dos duodécimas partes del nuevo presupuesto, poniéndose a cubierto de ese modo de la nueva disolución que ya se principiaba a proyectar.

En esos momentos la reaccion conservadora aparecia en Francia con uno de sus caracteres mas salientes, que forma un contraste mas marcado con los procedimientos que el partido liberal ha desarrollado siempre en iguales situaciones.

Apénas consigue la reaccion conservadora adueñarse por un momento del poder,—y ese momento viene siempre despues de una sorpresa,—avanza con una audacia y una resolucion imperturbable, al traves de las medidas mas violentas, hácia el fin que se propone realizar. Nada la detiene en su camino; echa mano de todos los instrumentos de combate, comprime sin respeto, viola sin pudor, amenaza, y hiere, y destroza todo lo que se opone a sus propósitos.

Despliega la arrogancia avasalladora y sin escrúpulos de los caballeros del antiguo feudalismo.

Y, por el contrario, cuando el partido liberal tiene en sus manos las riendas del gobierno,—y ahí siempre llega después de luchas amargas y penosas,—su preocupación más viva parece consistir en hacer que sus adversarios le perdonen su elevación y su fortuna. Despoja al poder de todo lo que hai en sus exterioridades de orgulloso, para presentarlo modestamente envuelto en las formas más humildes. Todos los procedimientos le parecen demasiado duros para empujar al país en el camino de su ideal político, y basta para contenerlo en sus arranques más ardientes e impetuosos, que sus adversarios lo llamen un poder tiránico. Y, si compelido por el juego de los acontecimientos, llega el partido liberal a encontrarse en la obligación imprescindible de dar el golpe de muerte a alguna vieja institución, deja siempre a sus adversarios que elijan el árbol en que debe ser colgada, como ese príncipe indiscreto i pusilánime de la leyenda oriental.

¡Cómo se conoce todavía el origen tradicional de esos partidos, cómo se ve que los

unos son los herederos de la antigua arrogancia señorial y que los otros son los hijos de los pacientes i respetuosos libertos!

Entretanto los reaccionarios podian todavía disponer de una mayoría accidental en el Senado y apoyándose en esa fuerza debida a circunstancias casuales y fortuitas, podian prolongar una lucha que principiaba a ser desesperada.

Las elecciones preliminares del 2 de noviembre les dejaban ver que en el nuevo Senado, los republicanos tendrian una formidable y compacta mayoría, y esta seguridad de que ya estaban contadas sus horas de poder y de esperanza, léjos de hacerlos desmayar en sus propósitos, parecia por el contrario exasperarlos. Fourtou, el ministro del 16 de mayo, era el director de las maniobras del partido y para mantener el ardor de sus amigos dirigia a Gambetta los cargos mas provocadores, a que éste, rompiendo su resolucion de no dar pábulo al debate y encerrarse en una paciencia imperturbable, contestó al fin exasperado lanzándole la mas brutal de las respuestas: *Eso es mentira!*

Estas palabras tuvieron su deseulace en un duelo entre Gambetta y Fourtou, que no

tuvo mas consecuencia deplorable que la de servir de tema a las apasionadas disertaciones de la prensa.

Como se ve, todos los recursos, todos los expedientes de la lucha habian sido ensayados para contener el intenso desarrollo de las ideas republicanas. I, a pesar de esos esfuerzos desesperados el 15 de enero la Francia elegía ün Senado en que la oposicion republicana contaba 54 votos de indiscutible mayoría.

El golpe parecia mortal y decisivo para esos empecinados soñadores en una reaccion imposible, y sin embargo, trataron todavía de prolongar aquella lucha. El mariscal, a favor de un incidente, quiso hacer la última tentativa de gobierno personal. Habia hecho dimision el jeneral Borel y Mac Mahon quiso confiar ese puesto de gran influencia en el ejército a un candidato que no era el que apoyaba el Ministerio. Freppel, obispo de Angers, dirigió una carta al Presidente exigiéndole que no cediera en la cuestion de los grandes puestos militares. Ya en otra ocasion se habia publicado otra carta del mismo obispo dirigida al primer ministro, «carta suficientemente extraordinaria y a propósito

de la cual se habia ajitado en el consejo de ministros la cuestion de saber si no debia ser perseguido por abuso: el mariscal habia intervenido con tal *arrebato*,—y son bien conocidos los arrebatos del mariscal,—que los ministros renunciaron a un debate que era imposible.»

Pero entretanto la actitud resuelta y acentuada de la mayoría de ambas cámaras colocaba a Mac-Mahon en la violenta alternativa de aceptar las revocaciones y los nombramientos que los republicanos le exigian o presentar su dimision.

Despues de algunos dias de vacilacion optó al fin por tomar el último partido y el 31 de enero de 1879, el mariscal presidente hizo la formal renuncia de su puesto.

Julio Grévy fué entonces elejido y para ocupar la presidencia de la Cámara que dejaba vacante, al aceptar la direccion suprema del estado, se nombró a Gambetta.

Ese nombramiento era la consagracion oficial de su posicion política. Gambetta habia llegado ya a la cima, recorriendo en diez años escasos el inmenso trecho que separa un político de café del presidente del poder legislativo,—inmenso trecho recorrido con una

rapidez vertiginosa sin mas apoyo ni mas base que sus poderosas facultades de inteligencia i de carácter, en que no habia tenido ni un nombre, ni una familia, ni una posicion, ni siquiera amigos influyentes que le tendieran la mano. Su fortuna política era su obra, su obra personal i exclusiva; era el brillante resultado de una perseverancia infatigable, que al traves de los mas penosos sacrificios avanzaba y avanzaba hácia el noble fin que perseguia.

Desde ese momento no diremos que principia a aparecer un hombre nuevo i que asistimos a una de esas frecuentes repeticiones de la vieja comedia de Sisto V invertida, en que no vemos transformarse un candidato achacoso en un pontífice ardiente y juvenil, sino, por el contrario, un candidato que solo respira audacia en un político que solo ambiciona la quietud senil. Nó, no es eso lo que vemos en Gambetta, pero razgos hasta entonces apénas perceptibles se acentuan, y adquieren el mas inesperado y triste desarrollo.

Ya hemos visto, que desde los primeros pasos en su vida pública, palabras de un olvido jeneroso asomaban en sus labios con

frecuencia. Esa virtud del perdon se exajera ahora hasta convertirse en una falta comprometente y peligrosa.

En la fiesta del 14 de julio, en que inauguraba Gambetta sus recepciones oficiales, los asistentes, notaron con sorpresa, que el jeneral Galliffet, uno de los mas conocidos agentes del imperio, figuraba entre los amigos predilectos del nuevo presidente de la Cámara. Eso era llevar el perdon mas allá de los límites que la caridad política tolera.

Y por un triste contraste, Gambetta parecia tener la misma facilidad para olvidar los ataques de sus adversarios y los servicios de sus amigos. Sus antiguos i apasionado-correligionarios veian con pena que el corazon de Gambetta habia perdido la memoria.

Ese olvido singular llegaba hasta colocarlo en los mas sérios compromisos. No hacia muchos años que despues de declarar Gambetta que estaba dispuesto a aceptar todas las transacciones, ménos una transaccion electoral, rompía con la administracion de M. Thiers, que pretendia exigir a los republicanos que eligieran a M. de Rémusat, y ahora recomendaba Gambetta a esos mismos electores la candidatura de La-

fauconerie, viejo bonapartista, que la *Republique Française* proclamaba candidato del partido y se esforzaba en hacer aparecer como «un nuevo i sincero convertido.» La aceptacion de una candidatura semejante hacia un cruel contraste con el rechazo sin vuelta dado en otro tiempo a Rémusat.

Dos dias ántes de la recepcion oficial, a que hemos aludido, Rochefort volvia a Paris, y Gambetta en medio de su prestigio i su poder tuvo la debilidad inesplicable de ver un rival en el antiguo redactor de *La Linterna*, y dejar que sus celos se divisaran al trasluz del silencio que la prensa republicana, en que él ejercia una influencia decisiva, guardó sobre ese pequeño acontecimiento de que todo Paris y todos los diarios se ocuparon. Eso era llevar la emulacion hasta un límite a que no es decoroso descender.

En la sesion del 21 de febrero, Pascal Dupray, denunció «el Gobierno oculto» de Gambetta; la presion que ejercia sobre el ministerio, cuyas decisiones dominaba. Gambetta protestó con elocvente enerjía de esa influencia que sin razon plausible la opinion le reprochaba, y en el desarrollo de su discurso declaró que, respecto del ministerio, guar-

daria la mas severa reserva y «esta reserva la guardaré hasta el dia en que le convenga a mi pais designarme para ocupar otro puesto.» No hai nada que choque mas en un heredero presunto que verlo manifestar una impaciencia, que ya ha perdido la reserva y hasta olvida el decoroso silencio del pudor, como lo hacia Gambetta al pronunciar esas palabras deplorables.

Todo esto, lo repetimos, no era nuevo en su carácter, no era mas que la amplificacion de antiguos razgos de su fisonomía moral, que la falta de oportunidad solo habia dejado hasta entónces entrever y a que daba un penoso relieve la situacion mas espectral en que se hallaba. Pero todo esto, sirviéndonos de una espresion tan vulgar como profunda, era peor que un crimen, era una falta. En esos extravíos de la pasion, que llevan al crimen, hai siquiera cierta grandeza; pero aquí solo se descubren las tristes miserias del corazon. Gambetta parecia empeñarse en demostrar que es mas fácil luchar con las grandes pasiones de los otros y vencerlas, que resistir las pequeñas pasiones propias; que son mas fáciles los grandes que los pequeños sacrificios!

Pero no debemos ir mui alla en este papel de inflexibles y severos moralistas. No debemos olvidar al apreciar los actos de los hombres la atmósfera moral en que respiran, y Gambetta en esos momentos respiraba la embriaguez y el veneno del poder. Solo puede juzgarme, decia Napoleon I, el que en medio de una lucha ardiente haya llevado a sus labios la copa embriagadora de una gran fortuna. Nosotros no hemos atravesado esas luchas, ni hemos sentido esos vértigos estraños de la altura, y al apreciar situaciones de esta especie corremos el peligro de exigir a los demas lo que talvez está fuera del alcance de la fuerza humana.

Pero en medio de ese enervante mareo de la altura recibió Gambetta una cruel manifestacion del terreno que habia perdido su prestigio, precisamente donde ménos la esperaba,—en Belleville,—i precisamente en su punto mas sensible,—en su vanidad inflamada.

Concluyeron las sesiones de la Cámara y las elecciones de 1881 se acercaban. Gambetta principiò su campaña con un discurso pronnnciado en Tours, que solo produjo una pálida impresion. Los amigos que en el po-

der él habia abandonado, le volvian ahora las espaldas con fria indiferencia.

El 14 de agosto presentaba su candidatura en Belleville, donde dos *intransijentes* venian a disputarle el triunfo electoral. La palabra de combate que sus adversarios hicieron circular entre las masas fué el nombre del jeneral Galliffet,—de ese antiguo imperialista que vivia ahora en las grandes intimidades de Gambetta,—y ese nombre, que recordaba tan vivamente las mas tristes fragilidades del político, bastó para hacerlo sucumbir. Ese fracaso inesperado, que sorprendió sobre todo a los candidatos victoriosos, era la espiacion que principiaba, esa espiacion que siempre llega para los que olvidan que en política no se puede aceptar ningun servicio sin estar por lo ménos resuelto a saberlo recordar.

Estas contrariedades hallaban cierta compensacion en los brillantes consuelos que el Gobierno se empeñaba en prodigarle.

Grevy parecia empeñarse en colmar con los honores oficiales el vacio doloroso que dejaba la popularidad perdida en el corazon del tribuno.

Desde mediados de octubre el Presidente

hacia ostentacion de la intimidad en que vivia con Gambetta. Ya para nadie era dudoso que en poco tiempo mas seria llamado a constituir el nuevo gabinete.

En efecto, apénas se iniciaron los debates de la Cámara hizo su dimision el Ministerio, y Gambetta aceptó la difícil herencia que, junto con el poder, le abandonaba.

Su primer acto desconcertó a sus amigos políticos. En vez de compartir las tareas ministeriales con hombres que ya hubieran alcanzado una elevada posicion, se rodeó Gambetta de ministros que, salvo dos excepciones solamente, por primera vez llamaban la atencion. Esto podia acentuar la personalidad absorbente del jefe del nuevo gabinete, pero lastimaba hondamente a las mas altas personalidades de su antiguo partido, que, como era natural, desde el primer momento principiaron a envolverlo en una atmósfera desfavorable.

El 15 de noviembre de 1881 Gambetta se presentaba rodeado de sus colegas, a leer en la Cámara la declaracion ministerial, y en ese documento el ministro se veia obligado a limitar muchos de los propósitos que el tribuno habia perseguido con ardor; y en-

cerrando sus compromisos dentro del círculo de fierro de lo que era posible realizar, en la situación que el país atravezaba, se veía obligado a abandonar proyectos que ántes habia acariciado.

Mas aún, resonaba todavía en la Cámara el éco de uno de sus discursos mas ardientes, en que estudiando el árduo problema de las relaciones de la iglesia y el estado, abogaba por la separacion de la Francia i el Vaticano, cuando al leer la declaracion ministerial, oyeron algunos con asombro que el mismo orador se pronunciaba en favor de la estricta aplicacion del concordato.

Sin embargo, una formidable mayoría,— la mas formidable que hasta esos momentos hubiera podido acumular partido alguno,— apoyó al *Minister* o en sus primeros pasos. Pero en el seno de esa mayoría fermentaba el sordo descontento, provocado por la actitud cada dia mas arrogante que el jefe del Ministerio iba asumiendo. Su lenguaje imperioso, sus desdeñosas familiaridades, el empeño en ganarse a todo trance la adhesion de sus antiguos adversarios y la facilidad con que, por lograr ese propósito, sacrificaba a sus antiguos compañeros, fueron prepa-

rando lentamente el divorcio de Gambetta y las fuerzas republicanas de la Cámara.

En vez de sentir a su lado el entusiasta apoyo de un partido de ideas, principió a sentir ese calor enervante y malsano, que irradia un círculo completamente personal. Ese fué el momento de sus mas grandes faltas; pero en medio de todas ellas tuvo al ménos la virtud de saber caer, envolviéndose en la defensa de una cuestion que debia de nuevo volver a presentarse y a que el habia propuesto una fácil i favorable solucion.

No ha llegado el momento en que la política del Ministro pueda ser juzgada: los acontecimientos que el inició no han llegado a su decenlace, las ideas que él sostuvo se ajitan todavía en el revuelto torbellino de las luchas del momento.

Y en esa situacion equívoca, antes de que tuviera tiempo para reparar sus faltas reales y de que los sucesos hubieran venido a demostrar si eran o no fundados los reproches que se le habian dirigido; cuando mas activamente fermentaban en su contra los odios implacables de sus enemigos, las pretensiones vulneradas de sus partidarios, las rivalidades de círculo; cuando se desplomaba sobre él todo

lo que habia herido, todo lo que habia combatido, todo lo que habia lastimado en sus horas de poder, la mano de la muerte lo arrastra fuera del escenario de los vivos.

No podia desaparecer en una hora mas triste para su memoria; y, sin embargo, el recuerdo de sus grandes servicios, de sus eminentes prendas de carácter, de su infatigable consagracion a los intereses públicos, bastó para hacer que desaparecieran los defectos y los errores del político. Todo eso y mucho mas desaparece cuando el espíritu sesumerje en las profundidades del amor a la patria, y no hai entre los hombres públicos modernos ninguno que encarne ese sentimiento de una manera mas brillante y abnegada que Gambetta.

I mientras la Francia exista,—por ese eterno contraste de la vida,—en sus horas de gloria, en sus horas de esplendor y de alegría consagrará un recuerdo al que con mas entusiasmo y fé la defendió en sus horas de amarga humillacion; y si el destino le vuelve, por desgracia, a hacer atravesar las horas sombrías de la desesperacion y de la angustia, volverá tambien a recordar al que en otro tiempo le dió aliento con el ca-

lor inagotable de su fé en los grandes destinos de Francia. No hai inmortalidad mas hermosa que la que consigue vincularse de ese modo a las grandes emociones de la patria!

